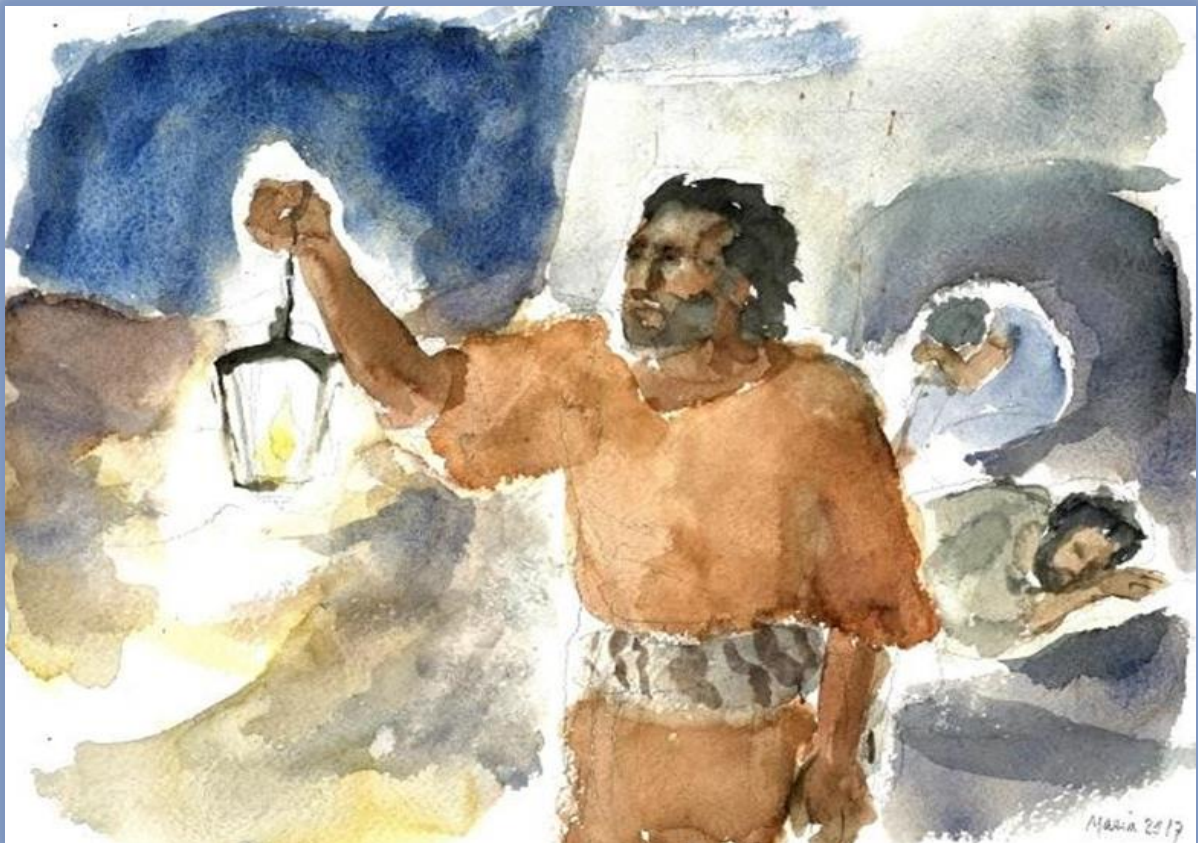


Sal y Luz

Domingo XIX Tiempo Ordinario (C) 7.8.2022

Nº 142 Parroquia San Carlos Borromeo

En primer lugar se nos pide que tengamos «ceñidos los lomos», una imagen que recuerda la actitud del peregrino, dispuesto a emprender el camino. Se trata de no echar raíces en moradas cómodas y tranquilizadoras, sino de abandonarse, de abrirse con sencillez y confianza al paso de Dios en nuestras vidas, a la voluntad de Dios, que nos guía hacia la meta sucesiva... Después se nos pide que mantengamos «las lámparas encendidas», para poder iluminar la oscuridad de la noche. Es decir, estamos invitados a vivir una fe auténtica y madura, capaz de iluminar las muchas «noches» de la vida. La lámpara de la fe requiere ser alimentada continuamente, con el encuentro de corazón a corazón con Jesús en la oración y en la escucha de su Palabra. (P. Francisco 11.8.2019)



Velad, acuarela de Maria Cavazzini Fortini.

***Lo mismo vosotros, estad preparados
(Lc 12,32-48)***

COMENTARIO

1.ª lectura: Sab 18,6-9. *Con lo que castigaste a los adversarios, nos glorificaste a nosotros, llamándonos a ti.*

Sal 32. R. *Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.*

2.ª lectura: Heb 11,1-2.8-19. *Esperaba la ciudad cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios.*

Evangelio: Lc 12,32-48: *Lo mismo vosotros, estad preparados.*

Nosotros aguardamos al Señor, él es nuestro auxilio y escudo

1.- Introducción general

Cristo nos invita a velar y a esperar su llegada. La tradición encontraba en estos textos distintos significados. El primero más inmediato es el de la llegada del Señor en la hora de nuestra muerte: de ahí la invitación a llevar una vida sobria para estar listos para el encuentro definitivo. Otro significado revela la espera de la segunda venida del Señor. Esta espera resalta la actitud apropiada hacia la historia. Contemplar la historia y la vida misma de los hombres en la clave de la parusía, del cumplimiento de todo en Cristo, donde todo será aprobado en la medida de Cristo y de su amor. Pero el significado más inmediatamente espiritual, que los santos padres encontraban en estos textos, es esa atención del corazón para discernir los pensamientos y acoger los que son de inspiración espiritual, es decir, valorar y seguir esos pensamientos que orientan nuestra vida hacia Cristo, que hacen que nuestra vida sea mucho más parecida a él, más suya.

2.- Primera Lectura: Salvación de los justos y perdición de los enemigos (Sb 18,6-9)

La primera lectura muestra que ya en la Antigua Alianza la fe no estaba desprovista de toda garantía: hubo anuncios que se cumplieron, como el de la noche de la comida pascual o la promesa de Dios al rey David, como la predicción de los profetas sobre el exilio y su duración. Todo hombre atento recibe tales signos: Dios le muestra así que está en el buen camino; si exige de él la fe, Dios no le deja en la incertidumbre, aunque a veces sea sometido a una dura prueba como Abrahán o algunos profetas, pues en último término su fe no puede apoyarse sobre signos y milagros, sino sobre la fidelidad de Dios, que mantiene su palabra de un modo inquebrantable.

El libro de la *Sabiduría* está hablando de la noche en que los israelitas se disponían a salir de Egipto. Los egipcios habían decretado hacer morir a los primogénitos varones de los hebreos (cfr. *Ex* 1,15-22). Para eludir la muerte, Moisés, recién nacido, es expuesto (v. 5) sobre las aguas del Nilo en una canastilla y salvado providencialmente por la hija del faraón (*Ex* 2,1-10). Con la ley del talión como fondo, el crimen de los egipcios debía ser castigado con la muerte de sus propios primogénitos, «a media noche» (*Ex* 12,29) y también, después, con la ruina de los perseguidores, bajo las aguas del Mar Rojo (*Ex* 14,26-29).

En la noche pascual ocurren dos acontecimientos contrapuestos: los primogénitos de los egipcios son heridos, lo que obliga al faraón a dejar partir inmediatamente a los hebreos, que obtienen así el cumplimiento de la liberación prometida a los padres (cfr. *Gn* 15,13-14) y a Moisés (*Ex* 11,4-7). Pero esa misma noche, antes de partir los hebreos, «los hijos santos de los buenos» (v. 9) celebran a escondidas en sus casas la cena pascual con carácter festivo y sacrificial asumiendo todos el compromiso de compartir «los bienes y peligros»; de este modo actúan como pueblo consagrado al Señor y «entonan los cantos de alabanza de los padres» (v. 9). Con el tiempo, esos incipientes cantos constituirían el *Hallel*, un grupo de salmos que se recitaban la noche de Pascua y en las grandes fiestas (cfr. *Sal* 113-118), y que recitará Jesús con sus discípulos en la Última Cena (cfr. *Mt* 26,30; *Mc* 14,26).

3.- Segunda Lectura: la fe de nuestros padres

La segunda lectura llama a esa existencia desinstalada de la que hablábamos más arriba... Simplemente «fe». La fe se apoya en una palabra recibida de Dios que anuncia una realidad invisible y futura. Esto se muestra en la existencia de Israel, que comienza con el éxodo de Abrahán y se continúa a través de los siglos; esta fe puede ser sometida a duras pruebas, como cuando se exige a Abrahán que sacrifique a su hijo, como demuestra también el hecho de que todos los representantes de la Antigua Alianza «murieron sin haber recibido la tierra prometida». Estos aprendieron casi más drásticamente que los cristianos lo que significa vivir «como huéspedes y peregrinos en la tierra», y buscar una patria que está más allá de toda su existencia precedera. Porque en el destino de Jesús y en la recepción del Espíritu Santo los cristianos no solamente «han visto y saludado de lejos» la patria celeste, sino que, como dice san Juan, «han oído, visto y palpado la Palabra que es la vida eterna», y según san Pablo han recibido el Espíritu Santo

como arras, como prenda o garantía de lo que esperan, por lo que pueden y deben ir al encuentro del cumplimiento de la promesa con mayor seguridad, y por ello también con mayor responsabilidad.

De manera que, tal como escuchamos en la 2.^a lectura, se define la fe como *seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve*. La fe, por tanto, no es una opinión, sino una certeza que no se fundamenta en la evidencia de lo que vemos, sino en el testimonio de otro. En definitiva, creemos lo que Dios nos dice, porque nos fiamos de Dios. San Pablo, en otro lugar, a su vez nos dice que cuando Dios se revela, hay que prestarle la obediencia de la fe.

En la lectura de hoy se nos propone el ejemplo de Abrahán porque creyó, se puso en camino sin saber a dónde iba. **Por tanto, la fe no es solo ni principalmente saber cosas, sino vivir de acuerdo con lo que Dios nos dice.** Creer es cumplir la voluntad de Dios, caminar en nuestra vida como hizo Abrahán. De acuerdo con lo que Dios nos enseña. Esto es vivir de la fe.

Hoy en día existe una gran tentación, la de vivir como si Dios no existiera. Los tiempos modernos se han emancipado de Dios, y el deslumbramiento del progreso técnico ha hecho soñar con un mundo en el que el creador no tiene nada que decir. Parece como si a los hombres nos molestara que Dios interviniera en la historia.

El autor de la *Carta a los hebreos* nos estimula a vivir de la fe, porque el hombre creyente modela toda su vida según el beneplácito de Dios. Sabemos que el don de la fe se nos dio con el bautismo, es una de las virtudes infusas que se nos regala junto con nuestra incorporación a la Iglesia. Pero esa fe ha de ser operativa, creer significa o conlleva hacer actos de fe en lo cotidiano. El ejemplo de los criados, que luego veremos en el Evangelio, es ilustrativo, han de hacer las cosas bien, aunque el amo no esté presente para vigilarlos. Me gusta siempre decir que la fe vivida con seriedad nos lleva a vivir del mismo modo tanto si nos ven como si no nos ven.

Creer significa también dejar entrar a Dios en nuestra vida, es decir, no querer disponerlo todo nosotros, sino contar con él a la hora de organizar nuestro tiempo, de decidir a quién visitar, de tomar decisiones profesionales, de organizar la vida de la familia, el tiempo libre... La fe es fiarse de Dios, confiar en que si lo tenemos en cuenta, las cosas van a ir mejor porque Él sabe más. Por ello, quien confía en el Señor no queda nunca defraudado. El salmo de hoy contiene una bonita oración para expresar nuestra confianza absoluta en Dios: *Nosotros aguardamos al Señor, él es nuestro auxilio y escudo, que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros como lo esperamos de Ti.*

4.- Evangelio: Lo mismo vosotros, estad preparados

En el Evangelio aparecen múltiples variantes de la exigencia dirigida a los cristianos de vivir siempre preparados, en vela. Y esto tanto más cuanto mayores sean los dones y tareas que Dios les ha dado y encomendado. Las tareas encomendadas por Dios se cumplen de la mejor manera cuando el criado no pierde de vista que en cualquier momento puede ser llamado a rendir cuentas; por tanto, cada uno de sus momentos temporales es inmediatamente vivido y configurado de cara a la eternidad. Si el cristiano olvida esta inmediatez, olvida también el contenido de su tarea terrena y de la justicia que ésta implica («empieza a pegarles a los mozos y a las muchachas»); ahora queda claro que el cristiano no practicará esta justicia si no es capaz de mirar más allá del mundo para poner sus ojos en las exigencias de la justicia eterna, que no es una mera «idea», sino el Señor viviente cuya aparición espera toda la historia del mundo.

La exhortación a estar vigilantes aparece con frecuencia en la predicación de Cristo (cfr. *Mt* 24,42; 25,13; *Mc* 14,34) y en la de los apóstoles. De una parte, porque el enemigo está siempre al acecho (cfr. *1 P* 5,8), y de otra, porque quien ama nunca duerme (cfr. *Ct* 5,2). Manifestaciones concretas de esa vigilancia son el espíritu de oración (cfr. *Lc* 21,36; *1 P* 4,7) y la fortaleza en la fe (cfr. *1 Co* 16,13).

Ahora Jesús invita a la vigilancia mediante dos imágenes: la cintura ceñida y la lámpara encendida (v. 35). Las amplias vestiduras que usaban los judíos se ceñían a la cintura para realizar algunos trabajos, para viajar, etc., por lo que «tener las cinturas ceñidas» indica un gesto de disponibilidad y de rechazo a cualquier relajamiento (cfr. *Jr* 1,17; *Ef* 6,14; *1 P* 1,13). Del mismo modo, «tener las lámparas encendidas» indica la actitud propia de quien vigila o espera la venida de alguien. Después, el Señor acude a dos comparaciones (vv. 36-40) para señalar cómo debe ser la espera vigilante ante su venida segura: como el criado espera a su amo, o como el dueño espera al ladrón; ambos saben SEGURO que el «otro» va a venir y que en ese encuentro se decide su futuro. En el marco de esas enseñanzas, nos quedamos deslumbrados ante el contenido del v. 37: no es fácil pensar en un señor de la época que sirva a sus criados porque le esperan cuando llega tarde, pero eso es lo que hace el Señor con sus siervos fieles: se ciñe la cintura y les sirve (cfr. *Jn* 13,1-20).

Pocos avisos se repiten tanto en labios de Cristo como el de estar preparados para el día de su retorno. Su partida dejó a la comunidad cristiana con la incertidumbre de su vuelta, que él había anunciado. En un primer momento se

esperaba que retornara pronto, pero enseguida comprendieron los cristianos que la espera se dilataba y que lo importante era vigilar y estar siempre dispuestos a recibirlo. La vigilancia es la actitud de quienes esperan a su Señor, al dueño de la casa, que vendrá como el ladrón, sin avisar, de improviso.

Esta incertidumbre sobre el día y la hora del retorno de Cristo es una advertencia para que nadie se crea dueño de la casa. Por el contrario, quien mantiene viva la espera del Señor, tiene ceñida la cintura y encendidas las lámparas para servirlo apenas llegue. **Es la actitud del cristiano prudente que ama a su Señor. Jesús no nos ha revelado el día y la hora de su venida para sorprendernos desprevenidos como si desconfiara de nosotros.** Lo ha hecho para que vivamos con el alma vigilante, en tensión, sin poner el corazón en lo efímero. Por eso, entre los consejos que da, mientras esperamos, está el de vender bienes para hacer limosnas de forma que atesoremos en el cielo y no en la tierra, donde los ladrones roban y las polillas roen. **El Señor quiere que nuestro corazón esté enraizado en él y dispuesto a recibirlo.**

Dice Jesús que si, al llegar, encuentra a los criados vigilando, él mismo los sentará a la mesa, se ceñirá y los irá sirviendo. Tal comportamiento era propio de esclavos, no de señores. Aparece aquí la paradoja evangélica del Señor convertido en siervo. Desde la Encarnación hasta la cruz ha cumplido lo que dijo: he venido a servir y a dar la vida en rescate por muchos. El magisterio de Cristo alcanza su clímax en la última cena. Ante la disputa de los apóstoles sobre quién de ellos era el mayor, Jesús deja claro que él está en medio de ellos como el que sirve, a pesar de ser el Maestro y Señor. La imagen sorprendente de ceñirse una toalla a la cintura para lavar los pies a los discípulos no deja duda de que se entiende a sí mismo como Siervo. En vistas a este servicio abandonó la gloria que tenía junto a Dios y descendió a nuestra condición mortal; se anonadó hasta la muerte y muerte de cruz; y, después de resucitar, no nos abandonó definitivamente sino que permanece entre nosotros en el sacramento más humilde y misterioso que podemos imaginar: el de la Eucaristía. Es difícil imaginar un servicio mayor: Dios al alcance de la mano, convertido en un bocado de pan consagrado que vela y revela al tiempo el amor supremo, la entrega sin reservas, el servicio a su pequeño rebaño, que espera a su Señor. Quienes mejor entienden que hay que esperar su regreso, y vigilan con la prudencia de las vírgenes sabias y la sencillez de los siervos que no aspiran a nada, son los que adoran esa presencia escondida y fecunda en los sagrarios de nuestras ciudades y pueblos. Ahí está el Señor alimentando la espera; está Dios sometido al tiempo y espacio de nuestra vida; está el dueño de la casa vigilando también,

esperando el momento de desvelarse de modo definitivo. Por eso se ha dicho que será durante la celebración de la eucaristía cuando el Señor vuelva glorioso y cese la apariencia del pan y del vino para dar paso a la mesa celeste donde el Señor nos sentará para servirnos.

Hoy, el llamamiento a la vigilancia aparece con una urgencia muy inmediata. Había sido ya un tema central en el anuncio en Jerusalén, pero apunta anticipadamente a la historia futura del cristianismo. **La somnolencia de los discípulos sigue siendo a lo largo de los siglos una ocasión favorable para el poder del mal.**

Esta somnolencia es un embotamiento del alma, que no se deja inquietar por toda la injusticia y el sufrimiento que devastan la tierra. Es una insensibilidad que prefiere ignorar todo eso; se tranquiliza pensando que, en el fondo, no es tan grave, y así puede permanecer en la autocomplacencia de la propia existencia satisfecha. Pero esta falta de sensibilidad de las almas, tanto por lo que se refiere a la cercanía de Dios como al poder amenazador del mal, otorga un poder en el mundo al maligno.

Ante nuestros espíritus adormecidos, Tú, Señor dices de Ti mismo: «Me muero de tristeza». Yo te respondo: ¡Quiero velar contigo!

Ante la pregunta de san Pedro (v. 41), Jesús introduce la cuestión de la responsabilidad de quienes ocupan algún cargo (vv. 42-48a) y, en general, de todos (v. 48b). El Señor lo explica especificando que no será igual la suerte del fiel (vv. 43-44) que la del cínico (vv. 45-46), ni la del débil (v. 47) será como la del ignorante (v. 48). «Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el espíritu de Dios y, obedeciendo a la voz del Padre, adorando a Dios y al Padre en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, para merecer la participación de su gloria. Según eso, cada uno según los propios dones y las gracias recibidas, debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que estimula la esperanza y obra por la caridad. Es menester, en primer lugar, que los pastores del rebaño de Cristo cumplan con su deber ministerial, santamente y con entusiasmo, con humildad y fortaleza, según la imagen del Sumo y Eterno sacerdote, pastor y obispo de nuestras almas; vivido así, su ministerio será para ellos un magnífico medio de santificación» (Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 41).

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

SAN AMBROSIO, *Sermón 12 sobre el salmo 118; CSEL 62, 258*

Sermón: Cristo permanece fuera si cierras la puerta del alma

«Para abrirle, apenas venga y llame» (Lc 12,36b)

El Dios Verbo sacude al perezoso y despierta al dormilón. En efecto, el que viene a llamar a la puerta viene siempre para entrar. Pero depende de nosotros si no siempre entra y si no siempre se queda con nosotros. Que tu puerta esté siempre abierta al que viene; abre tu alma, ensancha la capacidad de tu espíritu, y así descubrirás las riquezas de la simplicidad, los tesoros de la paz, la suavidad de la gracia. Dilata tu corazón; corre al encuentro del sol de la luz eterna que «ilumina a todo hombre» (Jn 1,9). Es cierto que esta luz verdadera luce para todos; pero si alguno cierra sus ventanas, él mismo se privará de la luz eterna.

Así, también Cristo permanece fuera si tú cierras la puerta de tu alma. Ciertamente que él podría entrar, pero no quiere introducirse a la fuerza, no quiere forzar a los que lo rechazan. Nacido de la Virgen, salido de su seno, irradia todo el universo para resplandecer para todos. Los que desean recibir la luz que brilla con esplendor perpetuo, le abren; ninguna noche vendrá a apagar la luz. En efecto, el sol que vemos todos los días cede el lugar a las tinieblas de la noche; pero el Sol de justicia (Mt 3,20) no conoce el ocaso, porque la Sabiduría no es vencida por el mal.

SAN CIPRIANO, *De la unidad, 26-27*

Sacudamos el sueño de nuestra inercia

«Ceñida la cintura» (Lc 12,35)

El Señor pensaba en este nuestro tiempo cuando dijo: «Cuando venga el Hijo del hombre ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,8). Vemos cómo se realiza esta profecía. El temor de Dios, la ley de la justicia, la caridad, las buenas obras, ya nadie cree en ellas... Todo lo que temería nuestra conciencia, si creyera, no lo teme porque no cree. Porque si creyera, viviría vigilante; y si vigilara, se salvaría.

Despertémonos, pues, hermanos muy amados, tanto como seamos capaces. Sacudamos el sueño de nuestra inercia. Estemos atentos a observar y practicar los preceptos del Señor. Seamos tal como él nos ha prescrito ser cuando ha dicho: «*Permaneced en actitud de servicio y conservad encendidas vuestras lámparas. Sed como los que esperan la llegada de su amo al regresar de la boda para abrirle la puerta en cuanto llegue y llame a la puerta. Dichosos los siervos que a su llegada, el amo los encontrará en vela*».

Sí, permanezcamos en actitud de servicio, por miedo a que cuando venga el día de salida, no nos encuentre preocupados y enredados. Que nuestra luz brille y resplandezca en buenas obras, que nos conduzca de la noche del mundo a la luz de la caridad eterna. Esperemos con solicitud y prudencia la llegada repentina del Señor a fin de que, cuando llame a la puerta, nuestra fe esté despierta para recibir del Señor la recompensa de su vigilancia. Si observamos estos mandatos, si conservamos estas advertencias y estos preceptos, las astucias engañosas del Acusador no nos abatirán durante nuestro sueño, sino que, reconocidos como siervos vigilantes, reinaremos con Cristo triunfante.

SAN AMBROSIO DE MILÁN, *Comentario sobre el salmo 118* (Sermón 14, 11-13: PL 15, 1394-1395)

Que la Palabra de Dios sea lámpara para mis pasos

Sea la fe precursora de tu camino, sea la Escritura divina tu camino. Bueno es el celestial guía de la palabra. Enciende tu candil en esta lámpara, para que luzca tu ojo interior, que es la lámpara de tu cuerpo. Tienes multitud de lámparas: enciéndelas todas, porque se te ha dicho: *Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas.*

Donde la oscuridad es muy densa, se necesitan muchas lámparas, para que en medio de tan profundas tinieblas brille la luz de nuestros méritos. Estas son las lámparas que la ley dispuso que ardieran continuamente en la tienda del encuentro. En efecto, la tienda del encuentro es este nuestro cuerpo, en el cual vino Cristo *a través de un templo más grande y más perfecto*, como está escrito, *para entrar en el santuario por su propia sangre* y purificar nuestra conciencia de la mancha y de las obras muertas; de este modo, en nuestros cuerpos, que mediante el testimonio y calidad de sus actos manifiestan lo oculto y escondido de nuestros pensamientos, brillará, cual otras tantas lámparas, la clara luz de nuestras virtudes. Éstas son las lámparas encendidas, que día y noche lucen en el templo de Dios. Si conservas en tu cuerpo el templo de Dios, si tus miembros son miembros de Cristo, lucirán tus virtudes, que nadie conseguirá apagar, a menos que las apague tu propio pecado. Resplandezca la solemnidad de nuestras fiestas con esta luz de mente pura y afectos sinceros.

Brille, pues, siempre tu lámpara. Reprende Cristo incluso a los que, sirviéndose de la lámpara, no siempre la utilizan, diciendo: *Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas.* No nos gozamos eventualmente de la luz. Se goza eventualmente el que en la Iglesia escuchó la palabra y se alegra; pero en saliendo de ella se olvida de lo que oyó y no se preocupa más. Este es el que deambula por

su casa sin lámpara; y, en consecuencia, camina en tinieblas, el que se ocupa de actividades propias de las tinieblas, vestido de las vestiduras del diablo y no de Cristo. Esto sucede cada vez que no luce la lámpara de la palabra. Por tanto, no descuidemos jamás la palabra de Dios, que es para nosotros origen de toda virtud y una cierta potenciación de todas nuestras obras.

Si los miembros de nuestro cuerpo no pueden actuar correctamente sin luz —pues sin luz los pies vacilan y las manos yerran—, ¿con cuánta mayor razón no habrán de referirse a la luz de la palabra los pasos de nuestra alma y las operaciones de nuestra mente? Pues existen también unas manos del alma, que tocan acertadamente —como tocó Tomás las señales de la resurrección del Señor—, si nos ilumina la luz de la palabra presente. Que esta lámpara permanezca encendida en toda palabra y en toda obra. Que todos nuestros pasos, externos e internos, se muevan a la luz de esta lámpara.

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Jesucristo siempre en ti! En todo momento pido para que custodies *la fe que es seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve*.

Gracias por tu breve pero enjundiosa carta. Te escribo desde la Peregrinación a Santiago. Mi corazón se llena de gratitud al Señor porque por medio de este Apóstol se nos recuerda a ti y a mí que la vida es una Peregrinación a la casa del Padre. Están siendo días de gracia.

Si te has acercado a las lecturas de este domingo XIX del tiempo Ordinario, habrás podido comprobar que en el pasaje evangélico de este domingo prosigue el discurso de Jesús a los discípulos sobre el valor de la persona a los ojos de Dios y sobre la inutilidad de las preocupaciones terrenas. No se trata de un elogio al desinterés. Es más, al escuchar la invitación tranquilizadora de Jesús: «No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» (Lc 12,32), nuestro corazón se abre a una esperanza que ilumina y anima la existencia concreta: tenemos la certeza de que «el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva» (Benedicto XVI, *Spe salvi*, 2). Como leemos en el pasaje de la *Carta a los Hebreos* en la liturgia de hoy, Abrahán se adentra con corazón confiado en la esperanza que Dios le abre: la promesa de una tierra y de una «descendencia numerosa», y sale «sin saber a dónde iba», confiando sólo en Dios (cf. 11,8-12). Y Jesús, en el Evangelio de hoy –mediante tres parábolas– ilustra cómo la espera del cumplimiento de la «bienaventurada esperanza», su venida, debe impulsar todavía más a una vida intensa, llena de obras buenas: «Vended vuestros bienes y dad limosna. Hacedos bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón, ni la polilla» (Lc 12,33). Se trata de una invitación a usar las cosas sin egoísmo, sin sed de posesión o de dominio, sino según la lógica de Dios, la lógica de la atención a los demás, la lógica del amor: como escribe sintéticamente Romano Guardini, «en la forma de una relación: a partir de Dios, con vistas a Dios» (*Accettare se stessi*, Brescia 1992, p. 44).

No quería terminar esta carta sin recordarte una costumbre preciosa. Me refiero a celebrar la memoria de los santos. Al respecto, deseo llamar tu atención hacia algunos santos que celebraremos esta semana y que plantearon su vida

precisamente a partir de Dios y con vistas a Dios. Mañana recordamos a santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden Dominicana en el siglo XIII, que lleva a cabo la misión de instruir a la sociedad sobre las verdades de fe, preparándose con el estudio y la oración. En la misma época, santa Clara de Asís –a quien recordaremos el jueves próximo–, prosiguiendo la obra franciscana, fundó la Orden de las Clarisas. El 10 de agosto recordaremos al diácono san Lorenzo, mártir del siglo III, cuyas reliquias se veneran en Roma en la basílica de San Lorenzo extramuros. Por último, haremos memoria de otros dos mártires del siglo XX que compartieron el mismo destino en Auschwitz: el 9 de agosto recordaremos a la santa carmelita Teresa Benedicta de la Cruz, Edith Stein, y el 14 de agosto –que aunque caiga en el próximo domingo, es bueno celebrar– al sacerdote franciscano san Maximiliano María Kolbe, fundador de la Milicia de María Inmaculada. Ambos atravesaron el oscuro tiempo de la Segunda Guerra Mundial, sin perder nunca de vista la esperanza, el Dios de la vida y del amor.

Debo seguir peregrinando. No puedo detenerme más tiempo hoy. Recuerda rezar por todos los peregrinos y por todos los que se encuentran en discernimiento. Recibe un fuerte de abrazo de tu amigo,

Doroteo